

V domingo de Pascua (03-05-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En este domingo, el Señor, en el Evangelio, les habla a sus discípulos un poco antes de su muerte, preparándolos también para el acontecimiento que se venía que, finalmente, concluirá en la Resurrección que festejamos durante todos los domingos de Pascua. Pero es importante cómo Él los va instruyendo porque quiere que el camino que han seguido ellos puedan seguirlo sin la presencia directa de Jesús, que va al Padre.

Jesús comprende que sus discípulos están medio turbados porque no entienden mucho las cosas. Esto es muy importante porque cada vez que nosotros tenemos un problema, una tragedia, unas dificultades, unos contratiempos, unas irregularidades y tantas cosas que nos suceden personalmente y como pueblo, uno se turba, uno no entiende y siempre tiene el riesgo de desesperar. Jesús ha querido que sus discípulos aprendan a tener confianza, de tal manera que todo puede tener una salida si logramos profundizar en la presencia de Dios en nuestras vidas. Y por eso les dice: *"No se turbe su corazón; crean en Dios y crean también en mí"*.

Estas palabras son para ayudarnos a todos a aprender a creer, porque todos, como creyentes, nos hacemos dioses. El ser humano está hecho para más allá. Y, entonces, todos somos grandes buscadores de dioses y también inventores de dioses. De tal manera que, inclusive, las personas que caminan en la calle ven a una persona bonita y dicen: "¡Ay, Dios!", porque lo de Dios está muy presente en todos nosotros.

No solo somos hechos para esta vida, somos hechos para más allá; pero, como somos seres buscadores, el gran problema es que solamente quisiéramos encontrar aquello que buscamos. Pero puede que lo que busquemos no sea lo más correcto, sobre todo si estamos turbados. En este momento, el mundo y nuestro país están turbados por una serie de contradicciones, ambiciones, expresiones, maneras de hablar, de decir y de pensar este mundo.

Estas referencias a las muertes que hemos visto vienen de desesperación, de no pensar, de no profundizar. Y estoy seguro de que todos los que han estado implicados en estas muertes son cristianos. El tema de fondo es cómo creer realmente en el Señor y no hacernos una imagen de Él que, más bien, se acomoda a nuestros gustos, deseos y ambiciones. Justamente, Jesús lo que quiere es que crean en Dios y crean también en Él, porque ese es el modo de salir de una idolatría de fe cristiana que puede existir hasta en los católicos. Uno puede decir: "Yo soy católico", pero también dice: "Mátenlo de una vez a ese". Esas expresiones no son cristianas ni católicas.

Por eso es que se puede vivir muchas veces la fe en forma equivocada, y tenemos que corregirla. Para eso la Iglesia camina junta y se dispone a su Señor para escucharlo a Él. Varias veces ya hemos dicho, y esto sobre todo lo subraya el Evangelio de Juan: ser cristiano no es amar a Dios; es dejarse amar por Dios, abandonarse a Dios para que Él entre en nosotros por medio de Su Hijo, y Él nos vaya guiando poco a poco por el camino que Él desea. Abandonarnos al misterio de Dios, al misterio de Su amor.

Jesús quiere que sus discípulos entiendan esto y no piensen que es como en el mundo hebreo, cuando en el Templo exigían muchos sacrificios y holocaustos, y muchas tareas y muchas leyes para poder "cumplir" con Dios. Hermanos y hermanas, por más que hagamos mil tareas, nunca

cumplimos con Dios porque somos nosotros pecadores y es muy poco. En realidad, solamente podemos vivir a Dios y humildemente aceptar que, en medio de ese humilde intento, Él vaya haciendo su camino en nosotros. Dejémonos amar por Él, acojámoslo, por lo tanto, y dejémonos conducir en ese amor.

Por eso, ocurren estas dos preguntas de Tomás y Felipe.

¿Qué problema tiene Tomás? ¿Qué problema tiene Felipe? Es muy parecido como problema, pero se nota que Tomás no ha entendido que Jesús está yendo al Padre. Les ha dicho: "*Cuando vaya, les prepararé un lugar y volveré y los llevaré conmigo*". Les está diciendo que va al Padre.

Y Tomás responde: "*Señor, no sabemos dónde vas*". Jesús se lo acaba de decir, pero Tomás insiste: "*¿Cómo podemos saber el camino?*". En el fondo, todavía en los discípulos predominaba la idea hebrea que tenían de Dios, pensando que no podía ser igual a Jesús, sino que Él era como un profeta más.

Comienzan a darse cuenta ahora, gracias a lo que dicen, que Jesús realmente es la transparencia de Dios. Y, por eso, Jesús responde: "*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocieran a mí, conocerían también a mi Padre. Ahora ya lo conocen y lo han visto*". Es decir, en el camino que Jesús ha hecho, en donde todo va a terminar en la entrega generosa en la Cruz - pudiendo haber huido y pudiendo haberse bajado para matar a sus enemigos - allí, en el Hijo de Dios que murió y entregó su vida por toda la humanidad para que comprendiera que Dios la ama y no tiene por qué desesperarse en hacerle grandes méritos, sino aprender de Dios mismo, Jesús muestra que Él es Camino, Verdad y Vida.

Este camino es el que vivimos también en la humanidad. En nuestros distintos caminos, Jesús sigue siendo el Camino, la

Verdad y la Vida. Y es muy importante estar atentos, pensar juntos cómo, en cada situación difícil, tenemos que preguntar al Señor: “¿Tú qué harías en esta situación, Señor?”, “¿Cómo podría actuar yo de acuerdo con lo que Tú actuaste entregando Tu vida?”, “¿Cómo podríamos dar testimonio?”

En este momento, en la historia de la humanidad, hay muchos problemas y el Papa León XIV nos ha dejado una tarea en consonancia con el Papa Francisco: insistir en que toda situación difícil se resuelve de modo pacífico. Y, por lo tanto, la paz solamente puede venir si es desarmada y desarmante; si nos desarma de la agresión y la violencia, y nosotros mismos nos desarmamos y nos mostramos generosos de acuerdo con lo que el Señor nos oriente.

Aquí sí quisiera poner un ejemplo con las voluntarias del Puericultorio Pérez Aranibar, porque son de esas personas que se dejan llevar por el amor a los niños, que es el amor que tuvo el Señor. Y los han cuidado siempre, los han protegido y, sobre todo, en momentos en donde se ha metido otra gente a tratar a los niños, ellas mismas los han defendido. Así como el padre Jordi Bertomeu defiende a las víctimas, también ellas han defendido a las víctimas, y estamos en una mejor condición hoy día gracias a su gran trabajo y su ahínco. Qué bonito ser voluntario, ser voluntario para servir a los niños.

Del Puericultorio Pérez Aranibar han salido niños que ahora son grandes y que forman generaciones que ayudan a la institución porque ellos han sido acogidos por personas que gratuitamente los acompañan y los alientan. Ese es el camino del Señor, porque ellas, en cierto modo, recogiendo el camino del Señor, tratan de ser como el Señor y ser servidores. Ya ustedes han visto cómo, en el primer texto de los Hechos de los apóstoles (6, 1-7), los discípulos nombran diáconos para servir en las mesas. Ellas son las “diáconas”,

están sirviendo a los niños con generosidad y como el Señor lo ha querido.

Por último, tenemos esta situación de Felipe:

Felipe quiere las cosas instantáneamente, quiere el cielo y la tierra así ya, es un apurado. "*Señor, muéstranos al Padre y nos basta*". En otras palabras: "¡Abracadabra, pata de cabra!" Este es un cristianismo "mágico" que ocurre en las personas que, por desesperación también, por estar turbadas, se desesperan y creen que todo tiene solución fácil. No es así.

Miren ustedes con qué cariño le responde Jesús: "*Hace tanto que estoy con ustedes y no me conoces, Felipe. Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*". Esta es una insistencia muy grande porque, en el fondo, "muéstranos al Padre y nos basta" significa "directo a Dios, sin mediaciones". Jesús nos está diciendo que Él, habiendo venido a dar testimonio del Padre, es el camino para poder llegar al Padre. Y, por tanto, no es automático; hay que acoger al Señor y actuar como el Señor hubiera actuado en tal o cual situación.

Poniéndonos en ese lugar, vemos que no es tan fácil, es más lejos, pero, simultáneamente, es más seguro, más verdadero, porque, con paciencia, seguimos a la gente en sus problemas y la ayudamos y solucionamos. Cuando queremos un cristianismo de "chispa", estamos dejando abandonada la riqueza del cristianismo, sustituyéndola por una sin Cristo, un catolicismo sin Jesús. No podemos vivir a espaldas de Jesús.

Por eso, hemos insistido durante estos ocho años que estamos en la orientación de la arquidiócesis, que el primer libro que todo cristiano tiene que leer son los evangelios, el Nuevo Testamento, porque allí se nos muestra cómo es Jesús.

Recuerden que la semana antepasada decíamos que, cuando Jesús va con los discípulos de Emaús, les explica primero las Escrituras y después viene la comunión, el compartir el pan. Y eso es bien interesante porque cuando se recibe la comunión uno debe decir: "*¿No ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?*". Porque primero está en conocer a Aquel que nos ama y, luego, seguirlo; y, luego, compartir su cuerpo para alimentar ese camino que todos estamos llevando juntos y diferenciados en situaciones muy distintas.

Que Dios nos ayude en este camino en el sentido de permitirnos vivir la experiencia de la acogida de Jesús como testigos de Él, capaces de resolver los problemas y, en ese proceso, tomar el tiempo que sea necesario para no apurarnos en decir una cosa que no está bien.

Hay una frase antigua que me contaba Monseñor Dammert: Un señor viene a tocar la puerta y le dice: "Conviértete, Dios te ama". Y Monseñor le responde: "Eso ya lo sé hace veinte años". Y es que la conversión no se suscita de forma mágica diciendo: "Dios te ama, aleluya, aleluya, alegría".

A veces, facilitamos demasiado la fe. La fe no es complicada, es simple, pero requiere profundidad. Y no puede ser que haya cristianos hoy día que dicen que son cristianos y dicen: "Mátalo, mátalo, haz lo que quieras con el otro", "fuera de aquí", o dicen todos los ajos que hemos escuchado en este tiempo y los seguimos escuchando de personas "muy católicas". Es hora de que, como católicos, mostremos testimonialmente que somos seguidores de Jesús. Y, para eso, tengámoslo profundamente en nuestro ser y conozcámoslo a través del Evangelio para realizar distintas tareas que son indispensables hacer en distintas situaciones.

Por eso, ahora vamos entonces juntos a renovar nuestra fe rezando el Credo, reafirmando nuestra fe en Dios Padre que,

por medio de Dios Hijo, nos ha mostrado el camino del
Espíritu y nos ha permitido ver al Padre a través del Hijo.

Amén